

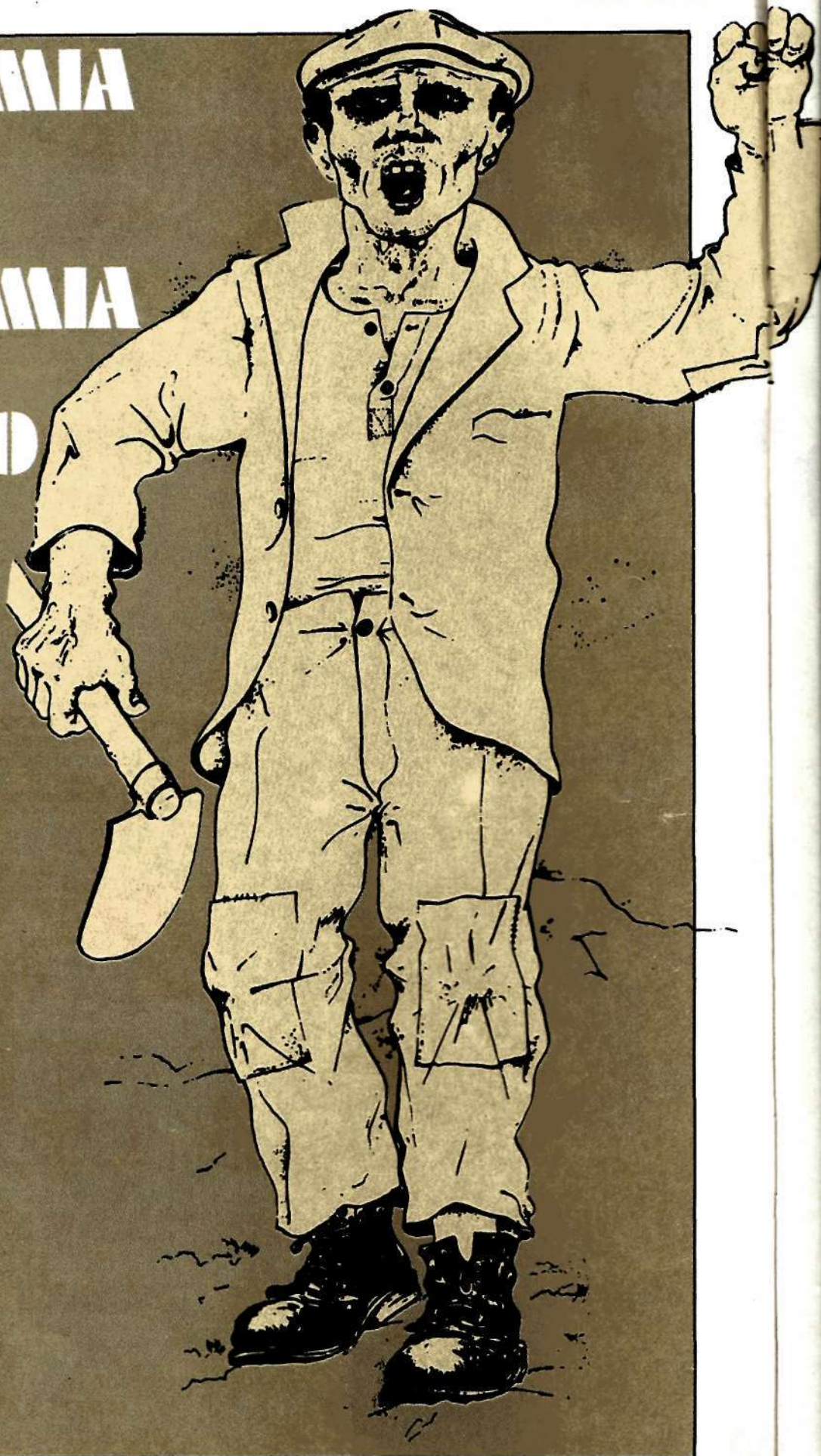
AUTONOMIA DE LA CLASE O AUTONOMIA DE LO POLITICO

SANTIAGO LOPEZ PETIT

La combinación crisis-inflación-reestructuración acompañada de represión directa llegado el caso, está siendo hábilmente dirigida por el capital, que logra así su propósito de situar en una posición defensiva a la clase obrera. ¿Cuál va a ser la salida de la crisis? O mejor dicho, ¿Va a salir muy maltrechada la presente composición de clase después de este ataque masivo? Dos posibilidades se levantan frente a la crisis. La gestión democrática o la profundización, la salida burguesa o la proletaria. La primera supone, entre otros puntos, desmantelamiento o descentralización de los sectores productivos y de las fábricas donde las condiciones eran favorables a la lucha obrera, destrucción de toda organización autónoma interna a la fábrica, y el constante chantaje de la crisis como mejor manera de anular toda lucha y la creciente fuerza estructural de la actual composición de clase. La segunda implica utilizar la crisis contra el capital, saber convertirla en un momento de unificación de la clase y aprovechar convenientemente el potencial antagónico implícito en los ataques del capital, para avanzar en la consolidación de crecientes niveles de poder y de democracia obrera. En definitiva, lo que en la práctica se está debatiendo en toda su crudeza es: autonomía de la clase o autonomía de lo político.

LA AUTONOMIA DE LO POLITICO COMO IDEOLOGIA

La concepción de la autonomía de lo político se inicia con las reflexiones de N. Bobbio en 1975, cuando dicho autor intenta "completar" la teoría marxista del Estado. Bobbio sostenía que "el Estado representativo era... un sistema mejor que aquellos que le han precedido, y que aquellos que hasta ahora le han seguido". Llevando hasta el final dicho planteamiento, el Estado se situaba en un plano completamente irreal: en la esfera o nivel de lo político. Autonomía relativa del Estado representativo en la esfera de lo político, y, por lo tanto, y en general, autonomía de lo político.





Para el capital, la autonomía de lo político constituye una ideología funcional que le permite la regulación del proceso de acumulación. Para el reformismo obrero, es la base ideológica de su práctica actual. Autonomía de lo político significa, en este sentido, fetichización de la política, anulación de la crítica, revalorización del partido sobre y contra la clase trabajadora. Más específicamente, para el reformismo obrero, la autonomía de lo político es el fundamento de su propia estrategia. Estrategia que le lleva a creer en la posibilidad de profundizar la democracia burguesa, de avanzar en la progresiva conquista de "fragmentos" de un Estado relativamente neutro y por encima de las clases sociales.

Pero antes de pasar a ver el carácter ideológico-mítico de todos estos planteamientos, es necesaria una breve aproximación a la realidad social.

SOCIEDAD-ESTADO-FABRICA

El capital, en el transcurso de su proceso histórico, tiene que hacer frente de manera constante a la caída de la tasa de ganancia. Las reacciones ante este peligro son bien conocidas: desvalorización de la maquinaria y de la fuerza de trabajo, intensificación de la explotación, concentración e internacionalización del capital, etc. Aquí, lo que nos interesa es comprender cómo la continua desvalorización de la fuerza de trabajo por un lado, y por otro el incremento constante de su fuerza productiva mediante los saltos tecnológicos, tiene amplísimos efectos sobre todo el sistema productivo y social. A nivel de empresa, el ciclo productivo se hace mucho más rígido. No pueden existir vacíos ni en el tiempo ni en el espacio. El trabajo en cadena arranca mucho más sobretrabajo, pero es mucho más vulnerable. Basta que paren unos pocos para que toda la cadena se paralice. La producción masiva cierra el ciclo de toda mercancía producción-distribución-cambio-consumo, cada vez más deprisa. La planificación del mercado terminará haciéndose según las necesidades del ciclo productivo. Cuanto más avanza el desarrollo capitalista más vive toda la sociedad en función de la fábrica, más se extienden las relaciones sociales de producción a toda ella. Nuestra forma de vida, la escuela como reproductora de ideología y de fuerza de trabajo, el barrio como zona de consumo y descanso-reproducción de la fuerza de trabajo sin cualificar, todo, absolutamente todo, es función y está en función de la fábrica. Es la sociedad-fábrica.

El Estado-policía de antes de 1929 ha desaparecido en esta sociedad. El Estado se ha convertido en el Estado-Plan, que interviene directamente facilitando el desarrollo capitalista al regular en cada momento el ciclo de producción. El Estado-Plan debe hacer posible que el ciclo seguido por la fuerza de trabajo, fábrica-barrio-escuela, se cierre, que el proceso de producción y el de valorización se unifiquen, que la dinámica de crecimiento de las clases sociales tienda a crear una cierta situación de estabilidad. La sociedad entera se transforma en una articulación del proceso de producción. Las relaciones sociales de producción, por la rigidez del ciclo productivo, por la intervención del Estado, pasan a ser directamente

relaciones de poder. El capital depende técnicamente y políticamente de la clase obrera. La fábrica y la sociedad, el Estado y la Sociedad se unen de forma más compleja y orgánica.

En este proceso histórico la clase trabajadora sufre diversos cambios. Por supuesto, la imagen de una clase obrera inmutable en el tiempo, es completamente falsa.

Con la introducción progresiva de maquinaria el obrero se convierte cada vez más en una pieza acoplada al proceso productivo. Su "profesionalidad" es destruida, pues el aprendizaje de los obreros especialistas modernos, no va más allá de unas pocas semanas. Además se hace difícil distinguir claramente el trabajo productivo del que no lo es. Hoy día, hay que hablar de trabajo abstracto, no en cuanto productor de plusvalía, sino en tanto que transformación de un objeto en mercancía alienada con existencia real. La socialización del trabajo asalariado, la extensión de las relaciones sociales de producción, proletariza a las fracciones privilegiadas de la clase trabajadora, que se integran en un nuevo proletariado más complejo y articulado. El obrero colectivo que nace de este proceso de abstracción y homogeneización, se siente desvinculado de un trabajo que ha perdido todo interés. Surgen entonces el absentismo, el sabotaje, la insubordinación, la autonomía obrera... como prácticas y comportamientos de clase. Las luchas de este obrero descalificado pondrán en crisis al Estado-Plan de la sociedad-fábrica. Son las luchas de finales de los años 60 y que abarcarán toda Europa, poniendo en peligro el proyecto de desarrollo del capital. Para destruir a este obrero se "enriquece" el trabajo, se desmonta la cadena y se sustituye por grupos autónomos productivos, se introduce el horario flexible. Pero no es suficiente. El capital sólo puede recomponer esta composición de clase mediante un ataque masivo contra todo el proletariado. La crisis se pone en marcha. La crisis como reestructuración, la crisis como represión directa, la crisis como chantaje permanente para conseguir elevar la tasa de ganancia y racionalizar al sistema.

Aunque de manera retrasada, ya que la Dictadura no estaba en condiciones de poder hacerlo, la misma respuesta, evidentemente, ha recibido la clase obrera del Estado español, que fue capaz de imponer al capital la necesidad de la reforma y el fin de la Dictadura. Contra esta composición de clase capaz de autoorganizarse, y cuya lucha autónoma atacaba directamente al Estado (el ejemplo clásico es Vitoria), el capital reaccionó, como ya lo había hecho en Europa, poniendo en marcha el único instrumento que podía hacerle frente, el Estado-crisis bajo la forma de Sistema de partidos. Con la muerte de Franco, el Estado franquista se derrumbó completamente, incapaz de controlar los conflictos sociales sin incrementarlos todavía más. Poco a poco, de manera no institucionalizada, se irá constituyendo una nueva forma Estado. La dialéctica Gobierno-Platajunta, Gobierno-Oposición semilegalizada, es la base del futuro Sistema de partidos, aunque desde un buen principio, actúa ya como mediatizadora de todos los conflictos y luchas post-franquistas. Con el Pacto de la Moncloa, la nueva forma Estado se hace pública. El par-

lamento se reduce a la nada. El sistema de partidos se hace omnipotente y, aunque es débil pues no está institucionalizado como Gobierno de concentración, se dispone a penetrar todo el tejido social para destruir todo poder y democracia obrera. Las elecciones sindicales y municipales se ponen en marcha contra el protagonismo de los trabajadores, contra la asamblea obrera.

EL MITO DE LA AUTONOMIA DE LO POLITICO

En el Estado Español en Italia, en Portugal, etc., en todos los países donde la tasa de ganancia del capital monopolista internacional se halla amenazada, la forma Estado como Sistema de partidos, existe más abiertamente. Es la única forma Estado que puede aportar un aumento de poder al capital, para hacer funcionar correctamente y sin peligro las leyes económicas de "excepción": crisis, reestructuraciones, paro... El sistema de partidos, definido como moderno garantizador de la relación de representación respecto a la sociedad civil altera su equilibrio entre representación y mediación. Al hacerse la crisis más aguda, tiene menos importancia la representación y mucho más la mediación de los conflictos. Para reforzar el proceso de valorización, El sistema de Partidos pierde toda su autonomía relativa y se hace portavoz de la ideología y de la política de austeridad. Baja del limbo de la política para penetrar de forma más orgánica aún en la sociedad, asegurando el dominio y el control sobre la clase trabajadora y sus movimientos. La sociedad se estatifica. Las relaciones sociales de producción se transforman completamente en la sociedad-fábrica en relaciones de poder. El Estado-crisis representante del capital colectivo, encuentra en la forma Sistema de partidos, el mejor instrumento para destruir la autonomía de clase. Pero en su creciente infiltración en la sociedad se desvela su carácter de clase. El Sistema de partidos aparece a los ojos de la clase trabajadora ligado a las reestructuraciones, al paro. La forma Estado en tanto que sistema de representación entra en crisis, y lejos de fundamentar sus raíces en la sociedad, se muestra como enemigo de clase, como Estado del capital. No en vano se intenta re-crear una nueva confianza (religiosa) en las instituciones. Sin embargo su nueva legitimización es difícil, por más obrero que sea el partido o su apéndice sindical. Un conocido economista del PCI lo decía claramente: "La separación entre política (Estado, sindicatos...) y sociedad, es una enfermedad de las grandes sociedades modernas, y hoy, es para nosotros el enemigo esencial a combatir..." La autonomía de la forma Estado es ilusoria. Para destruir la autonomía de clase, el Sistema de partidos debe negar su propia autonomía política. La autonomía de lo político, de la forma Estado, se reduce a ser tan sólo un momento en la recomposición y reajuste de los intereses de clase del capital y de las burocracias socialdemócratas y eurocomunistas. La esfera o nivel de la política tal como se entiende habitualmente, se transforma en el espacio de la política ficticia. En él subsisten el parlamento, el área de gobierno, y allí se mueven los partidos políticos eternamente en busca de su fragmento espacial.

Historia / Ciencia / Sociedad
ULTIMAS NOVEDADES



**ERNST BLOCH:
UTOPIA Y
ESPERANZA
EN EL COMUNISMO**

Stefano Zecchi

H/C/S n.º 150 - 296 págs.

Para Bloch, la libertad de los hombres se ejerce plenamente en la lucha por la producción de un significado que impregne la vida y sea capaz de reactivar la utopía.

**EL DECLIVE DEL
HOMBRE PUBLICO**

Richard Sennett

H/C/S n.º 151 - 440 págs.

La crisis de la vida pública del hombre a través de la falta de intercambio ciudadano y sus causas: El extraño se ha convertido en un ser amenazador, la vida privada se ha distorsionado al enfocar toda nuestra atención sobre nosotros mismos, hemos perdido el espíritu del ocio y del juego.



**LA MITOLOGIA
PRIMITIVA**

Lucien Lévy-Bruhl

H/C/S n.º 149 - 304 págs.

Una obra clásica de la ciencia antropológica que analiza los caracteres esenciales de los mitos tradicionales y sus funciones en la vida social de los pueblos primitivos.

**ediciones
PENINSULA**

Provenza, 278 teléfono 216 00 62
Barcelona-8

Por basarse la democracia burguesa en la soberanía mediatizada, las contradicciones de clase lo atraviesan pero en última instancia. El ex-dirigente del ex-PSP hace poco nos advertía: "El parlamento ya no representa al pueblo." ¡Si que ha ido deprisa la cosa! Ciertamente, en la sociedad fábrica el parlamento es una pieza decorativa y mixtificadora. El espacio de la política ficticia es el mercado de la política, el espectáculo deprimente de las escisiones, de los líderes, de los dirigentes, de la sociedad capitalista en descomposición. **La miseria de la política** tiene su lugar en este espacio. En cambio, **la política de la miseria** lo tiene en otro espacio: el **espacio de la política real**.

Allí es donde el Plan del capital para superar la crisis se despliega frente a la resistencia obrera, donde el Sistema de partidos se levanta contra las formas de institucionalización de la autonomía obrera. Allí es donde, las respectivas formas de representación del capital y del trabajo, se enfrentan diariamente. El espacio de la política real no es una esfera separada con autonomía relativa, sino la totalidad del **espacio social** y de las relaciones de poder. En la sociedad moderna, la política como tal desaparece, pasando a ser la práctica de la manipulación y el control. "Hacer política" es dominar la técnica de la alienación del "otro". Sin embargo la acción política no desaparece sino que se alarga. La política se disuelve en la sociedad-fábrica. Todo se politiza. Las luchas por las necesidades más inmediatas, la lucha contra la opresión y la marginalización, conduce a un enfrentamiento directo con el Estado del capital. Aparecen nuevos frentes políticos de lucha, las mujeres, los parados, los presos sociales... movimientos con identidad política propia, necesariamente autónomos. Sin embargo, por falta de uno mejor, conservamos el término específico de lo político para calificar el nivel interno del espacio social en el que se da el choque directo entre la forma Estado y la autonomía obrera. Politización de todo significará pues, que en la sociedad-fábrica, la mayor parte de las reivindicaciones, a pesar de todos los sistemas de mediación, desemboca en el nivel específico de lo político, aunque como tal sea impracticable para la clase obrera. No así para el capital, que posee el monopolio de la fuerza de coerción. Dentro de esta interpretación utilizaremos el concepto línea política de clases privilegiando este nivel particular de choque directo entre poderes. En este espacio dialectizado se desplazan, modifican y amplifican las contradicciones. La confrontación de clases adquiere allí toda su viveza. El nivel en que este choque se sitúa en cada momento histórico, puede ir desde el ideológico al económico, pasando por el político, entendido como hemos dicho anteriormente. El plan del capital orquestado por el Sistema de partidos se desarrolla a todos los niveles. Se puede decir que el capital tiene una línea política de clase contra los trabajadores, que abarca desde la educación hasta la represión pura y simple. De la correlación de fuerzas entre capital y trabajo, o mejor, entre sus respectivas formas de representación en el espacio social, depende que la batalla principal se de a un nivel u otro, que el capital o la clase trabajadora privilegien el nivel-terreno de choque que les es más favorable en cada ocasión.

**ALGUNAS CONCLUSIONES
PROVISIONALES**

Las dicotomías económico/político, dirección/masas, revolución social/revolución democrática, saltan por los aires debido a la fuerza del desarrollo histórico. Veamos brevemente cada una de ellas.

— La lucha reivindicativa por mejoras de tipo económico, social... llevada con formas de autoorganización y basada en la acción directa como práctica de clase, tiene valor político, al bloquear el Plan del capital encaminado a hacer pasar las reestructuraciones y la intensificación del trabajo. En cambio, la lucha llamada política en un sentido clásico, es hoy, necesariamente reformista y posibilista. La lucha política revolucionaria, enfrentamiento armado directo contra el Estado, es un nivel de choque, hoy por hoy, impracticable para la clase trabajadora.

— Al teorizar la existencia y la necesidad de una dirección política sobre la clase obrera se asienta la base ideológica para perpetuar una nueva forma de dominación. Se olvida que en la sociedad-fábrica, la conciencia de clase no puede llevarse desde fuera, pues este punto de referencia no existe. Se olvida que la composición de clase que ha puesto en crisis al Estado-Plan, no necesita establecer alianzas sino prácticas cuyos objetivos sean unificadores. Hablar, hoy, de dirección política interna o externa es plantear un falso debate. Las recientes luchas autónomas en el Estado español y otras numerosas experiencias europeas nos demuestran que la dirección política externa en forma de partido, conduce al bloqueo de la lucha y a la reproducción de relaciones autoritarias. La autoorganización no es función de la clase, sino que está al servicio del partido. La verdadera dirección política de una lucha autónoma reside en un primer momento en la fracción de trabajadores que constituyen el comité de huelga. Pero si la lucha es realmente autónoma, la dirección se desplaza a la asamblea general, reduciéndose el comité de huelga a meros impulsores. La dirección política se interioriza en la clase, de tal manera, que se puede afirmar que la única vanguardia política, es la clase obrera en lucha.

— En la lucha autónoma la clase trabajadora crea formas de autoorganización basadas en la democracia obrera, que a su vez constituyen niveles de poder obrero. Una intervención de clase se dirige precisamente a modificar las relaciones de poder en la escuela, en el barrio en la empresa... no sólo como instrumento temporal para obtener determinadas mejoras, sino como objetivo permanente y fundamental de la lucha misma. En la perspectiva marcada por esta teoría del proceso revolucionario podemos decir:

— La conciencia de clase no es el fruto de una comprensión de la injusticia como lo creen los militantes a lo cura, sino el resultado a nivel de conciencia del desarrollo de acciones y comportamientos subversivos (democracia directa, insubordinación, absentismo etc.). La revolución social debe entenderse como un largo proceso de construcción de estos comportamientos de clase, de estos niveles de poder que residen únicamente en la autoorganización de los trabajadores.

— La revolución social en la fase de la so-

ciudad-fábrica no desemboca en la apropiación de los sectores productivos y en la autogestión del trabajo industrial. La glorificación del productor es vulgar ideología para el trabajador moderno, al que no interesa en absoluto, la gestión de un trabajo embrutecedor y alienante. La revolución social contra el Estado-crisis consiste fundamentalmente en una transformación radical de la actividad humana, de las relaciones entre los hombres, de las relaciones entre los hombres y los productos de su actividad. Como decía Rimbaud, "Cambiar la vida, transformar el mundo". Esto debe ser la revolución social.

La antigua polémica Marx Bakunin, en cierta manera, se encuentra superada. Estas conclusiones ¿son marxistas o anarquistas? ¿Qué más da si la lucha de clases avanza, si la clase trabajadora se construye a sí misma por encima y contra el capital y toda burocracia. Dejemos para los ideólogos del viejo Movimiento Obrero las antiguas polémicas. Los movimientos de clase reales no se encierran en estos caducos marcos.

LA AUTONOMIA OBRERA

Históricamente la autonomía de la clase se ha formalizado en muchas ocasiones. La Comuna de París, los Soviets o consejos obreros, los comités en el 36. Los consejos obreros están ligados a la clase obrera de los años 20, al trabajador de oficio, que el trabajo en cadena y la crisis del 29 haría desaparecer. Defender hoy día los consejos obreros es no comprender que la autonomía de clase está históricamente determinada por la correlación capital/trabajo y por el nivel de desarrollo, que a su vez está relacionado con dicha contradicción. En la sociedad-fábrica en la que existe una estrecha relación entre la tecnología y la organización capitalista del proceso productivo, en que la dirección burguesa asume la forma de Plan y de racionalidad tecnológica, la autonomía de clase no puede formalizarse más que como **movimiento subversivo**. A esta autonomía de clase concreta, la llamamos autonomía obrera. La **autonomía obrera** es el movimiento real en que la clase adquiere aunque sea momentáneamente conciencia de ser sujeto del proceso revolucionario. Movimiento cuyo origen material está en las contradicciones entre capital y trabajo, y que se hace visible como contestación generalizada cuando ocupa la totalidad del espacio social, que toma formas visibles tan distintas como el sabotaje, el rechazo del trabajo o la asamblea, el comité de delegados, la democracia directa... La búsqueda de esta expresión autónoma de la clase obrera, sigue un largo purgatorio. Luchas sindicales radicales, luchas autónomas contra la intensificación del trabajo, por la reducción del tiempo, difusión de objetivos igualitarios, contra el profesionalismo y las primas, contra los burócratas de la negociación, imposición de la asamblea soberana, del comité de delegados... De la insubordinación individual al poder obrero, del egoísmo particular a la democracia directa, las formas de representación de la autonomía obrera siguen un largo desarrollo dialéctico en el cual, cada nueva etapa está unida a la anterior por su negación y asunción. En esta evolución aparece la **autoorganización** como una forma superior de la auto-

nomía obrera, como una concreción de este movimiento subversivo. Sin embargo el contenido puede independizarse, los objetivos pueden situarse en función de la burguesía si no constituyen una verdadera frontera de clase. **Las formas de autoorganización en sí mismas son ambivalentes**, como lo es la clase obrera, fuerza de trabajo por un lado, y por otro, fuerza de negación del sistema. Las estructuras democráticas de base si no se sitúan en el interior de la autonomía obrera entendida como proyecto global, pueden ser perfectamente integrables y útiles al capital en su planificación. En este sentido, sólo los contenidos de lucha y la intervención militante, pueden asegurar que la organización unitaria por sección etc., no se reduzca a red burocrática del sindicato, que la asamblea no se transforme en apéndice sindical de auto control y de sumisión. Las recientes elecciones sindicales apuntan hacia este objetivo. Integrar y burocratizar toda representación de la autonomía obrera en la forma de estructura falsamente unitaria y democrática. La autonomía obrera arranca pues de la condición de explotación del trabajador asalariado como figura central, pero se extiende, y por su carácter de movimiento real engloba en su interior a otros movimientos como son: los presos, los estudiantes-obreros... y los oprimidos en general. De la sociedad-fábrica, de sus entrañas va surgiendo esta subversión, pero lejos de estar ya unificada como movimiento autónomo, se encuentra dividida y fragmentada. La autonomía obrera es pues mucho más que un catálogo de prácticas o de objetivos de lucha y solamente desde esta visión reformista y burocrática, puede reducirse a pura relación organizativa al estilo de simple movimiento asambleario. Desde la pers-

pectiva de movimiento real de cambio y subversión, la autonomía obrera supone en la práctica:

— **La negación de las mediaciones.** En los movimientos de clase, el trabajador no se halla paralizado en ciudadano, productor... sino que es un único hombre que lucha por sus intereses. No existe la separación entre dirigente y dirigido, pensante y ejecutante. Nace la sociabilidad, mueren las instancias y las mediaciones.

— **El rechazo del trabajo en su actual forma alienada.** La autonomía obrera al explicitarse lo hace contra el trabajo asalariado, contra la organización capitalista que lo hace posible. Pero va mucho más allá. El movimiento de subversión porque nace y rechaza, se reafirma en la abolición de la cárcel, la escuela y de todo fragmento del espacio social donde el capital se valoriza y reproduce, donde la alienación toma alguna forma. En tanto que movimiento real pero difuso, socavador de los cimientos de la sociedad burguesa, se nos aparece en toda su fuerza como poder obrero emergente. Es odio de clase y sabotaje. Pero también es negatividad y prefiguración. En la autonomía obrera como movimiento real vive el programa máximo, por esto es comunismo en acto. Por esto es atacada por el capital y por toda burocracia. Cuando la autonomía obrera nace, la hora de la muerte se acerca para muchos.

Este movimiento de subversión que ha circulado por toda Europa, de la Renault a la Fiat, de Vitoria a Cádiz, es portador de un proyecto global que va más allá de los episodios concretos de ocupaciones, huelgas salvajes, enfrentamientos... y de los momentos coyunturales del ciclo de luchas. La autonomía obrera entendida como este **proyecto global**, contiene de manera im-



pública en su interior una teoría de la revolución, una metodología y una línea política de clase.

— **Una teoría de la revolución: el desarrollo del proceso revolucionario.** Autonomía de la clase es afirmación de la praxis como terreno de construcción del sujeto histórico, es negación de toda dirección política sobre este proceso de totalización de la clase, de rechazo de las alianzas como perpetuación de sectores privilegiados que constituyen únicamente un momento en la reorganización del capital. Por otro lado, construir la autonomía de la clase en el camino hacia la revolución social, es consolidar las formas de democracia y de poder obrero. Es admitir que en este proceso dialéctico es necesario hablar de niveles, si no se quiere caer en el esquema metafísico de una democracia obrera o de un poder obrero, que nacen un buen día a partir de la nada.

— **Una metodología: el punto de vista de clase.**

La autonomía de clase es el punto de vista unificador y superador del estrecho marco tipo partido. Su sectarismo no está en función de las necesidades de la burocracia dirigente para diferenciarse en el mercado de la política ficticia. Su sectarismo le viene dado por su carácter unilateral. La referencia no son los intereses generales sino los intereses concretos de una clase en proceso de construcción/destrucción. Levantar la autonomía de la clase contra el capital, los partidos, y los sindicatos etc., es defender la negatividad del proletariado frente a todos los intentos de integración. Pero también es impulsar toda intervención tendente a crear relaciones comunistas como un momento básico de la lucha. Negatividad y prefiguración, están en la base de la autonomía obrera como punto de vista de clase. Violencia subversiva, sí, pero para "arrancar un mundo nuevo que todos llevamos dentro". Lucha bajo formas no alienadas si no se quiere reproducir nuevas formas de alienación. La autonomía obrera situada dentro del proceso definido revolucionario anteriormente, es la única referencia de clase posible. Es el punto de vista de clase como tal.

— **Una línea política de clase: organizaciones de militantes y líneas generales de intervención.**

Dos hechos reales fundamentan la autonomía obrera como línea política de clase. Primero, la necesidad y posibilidad de una intervención militante organizada, y segundo, los fragmentos de línea política existentes en los movimientos de clase. En el transcurso del proceso de autoconciencia, se originan fracciones de la clase trabajadora que llegan a la comprensión de sus intereses objetivos como tal clase. Si no quieren reproducir relaciones de dominación y sustituirse respecto a la clase obrera, deben organizarse no para proponer un programa ni para dirigir al proletariado. Su intervención debe concretarse en leer en los movimientos de clase los fragmentos de línea política que la clase trabajadora opone al Plan del capital. O de otra manera, tienen que desarrollar dialécticamente, en unas condiciones históricas determinadas, el comunismo en acto que existe solamente como posibilidad objetiva en la clase, y con el fin de que se haga realidad no momentá-

nea. La autonomía obrera como línea política son estas líneas generales de intervención explicitadas desde las organizaciones de militantes. Líneas generales de intervención, que como parto de una línea política de clase que no puede ser más que una síntesis colectiva, persiguen construir la autonomía de la clase, reconducir toda reivindicación al nivel político de choque contra el Estado, y defender la autonomía obrera como movimiento autónomo estable.

LA AUTONOMIA OBRERA, HOY

Con el éxito de la reforma política se ha cerrado toda puerta a la autonomía de clase como proyecto de unificación proletaria. Sin entrar en el porqué, la conclusión cierta es que el movimiento autónomo real no ha podido estabilizarse en el espacio social, y que su imagen en el espacio de la política ficticia está constituida por grupúsculos, organizaciones intermedias en un planteamiento m-l puesto al día. Hoy la autonomía obrera sólo puede expresarse en el espacio social bajo una forma alienada, y por lo tanto, provisional y limitada. A esta forma primitiva, la llamaremos área de la Autonomía Obrera. Decimos que está alienada, porque no existe un eje de centralización unificadora de la intervención práctica de la elaboración teórica... sino que hay ejes separados de recomposición de la autonomía obrera. Los ejes de recomposición son:

— A nivel de vanguardia interna amplia: la CNT

Precisamente por su carácter alienado, el área de la autonomía obrera no puede superar aún la etapa de afiliación sindical. Dos razones principales convierten a la CNT en esta estructura de afiliación: 1) Aunque teorizada desde posiciones que provienen del marxismo, la autonomía de clase como proyecto global ha sido realizada históricamente por anarcosindicalistas. Antes de que el oportunismo de la extrema izquierda les llevara a adoptar la asamblea como bandera (y en contradicción con todos sus planteamientos estratégicos), la CNT ya lo había hecho y en la plasmación del comunismo libertario, la había llevado hasta su más completa realización. En el Estado español, la raíz histórica de la autonomía obrera es libertaria. 2) La CNT es un fenómeno complejo que no cabe en los planteamientos y esquemas ideológicos. Un modelo de aproximación a la realidad de la CNT podría ser un triángulo en cuyos vértices hay escrito: Organización de la clase, organización de militantes y sindicato de clase. La CNT estaría en el centro. La CNT tiene elementos de Organización de la Clase pues se plantea la lucha integral y no parcializada, porque se rige por la democracia obrera. La CNT tiene elementos propios de organización de militantes pues interviene de forma militante impulsando la autoorganización y la autonomía de la clase respecto al capital y toda burocracia. Y además, la CNT tiene características de sindicato de clase pues posee afiliados, participa en la lucha reivindicativa y en la negociación con la patronal.

Evidentemente al capital no le interesa este equilibrio que fundamente la potencialidad revolucionaria de la CNT. Por esto intentó convertirla en una vulgar central sindical anticomunista, y al no conseguirlo, la empuja hoy, hacia grupúsculo específico anar-

quista. En esta dirección, le ayudan todos aquellos que por su verbalismo infantil (curiosamente pequeño burgués la mayoría de las veces) confunden el extremismo con la revolución.

Pero tampoco a los reformistas y ortodoxos les conviene este equilibrio. Preferirían una CNT sindicato a secas, como los trotskistas disfrazados de anarquistas. Una CNT así reducida, es mucho más fácil de dirigir por todos los que aspiran a ser políticos de la apolítica.

Por estas razones básicas, y porque como hemos demostrado, son completamente vigentes en la sociedad-fábrica, la acción directa y la autonomía de la clase, elementos consustanciales del anarcosindicalismo clásico, la CNT constituye en el Estado español el eje de recomposición más importante para la autonomía obrera:

— a nivel de fracción avanzada: las organizaciones de militantes cuya tarea ya ha quedado definida, y puede concretarse en intervenir de tal manera que la organización misma se haga innecesaria y pueda negarse en el movimiento real.

— a nivel de la clase: las formas de autoorganización (asambleas, piquetes, delegados etc.) entendidos como momentos de unificación y de práctica de clase.

AUTONOMIA OBRERA O AUTONOMIA DE LO POLITICO

En el espacio social de la política real, determinado históricamente por la correlación capital/trabajo, la autonomía obrera en sus distintas formalizaciones se enfrenta al Sistema de partidos que pretende aniquilarla directamente o por integración. La contradicción autonomía obrera/autonomía de lo político se despliega en toda su dimensión. Para que la autonomía de lo político sobreviva, la forma actual alienada de la autonomía obrera no debe avanzar en su unificación hacia la forma superior de movimiento autónomo, de movimiento por la libertad. La forma de representación del capital se desdobra en una progresiva división del trabajo y dentro de un Plan conjunto contra la autonomía obrera. Reformismo del capital y reformismo obrero, Gobierno y oposición, hoy, se complementan perfectamente en su dialéctica antiobrera. El sistema de partidos en la sociedad-fábrica es la punta de lanza del capital contra la clase trabajadora. Las relaciones sociales de producción como freno al desarrollo de las fuerzas productivas, contradicción clásica que repiten machaconamente los teóricos del movimiento Obrero oficial, se interioriza y es superada sin la abolición de la propiedad privada, tan sólo mediante la socialización de unas relaciones de producción que se han transformado en relaciones de poder. El Estado del capital colectivo aparece directamente contra el desarrollo político de una fuerza productiva efectiva: la fuerza de trabajo. El Estado contra la autonomía obrera. **La autonomía de lo político contra la autonomía de la clase.** No es absurdo pensar que la subversión sabrá concretarse en un movimiento unificado por la libertad y el comunismo. Como nos recuerda Bakunin: "Es buscando lo imposible como el hombre ha realizado siempre lo posible, y quienes se han limitado a lo que les parecía posible no avanzaron jamás un solo paso."